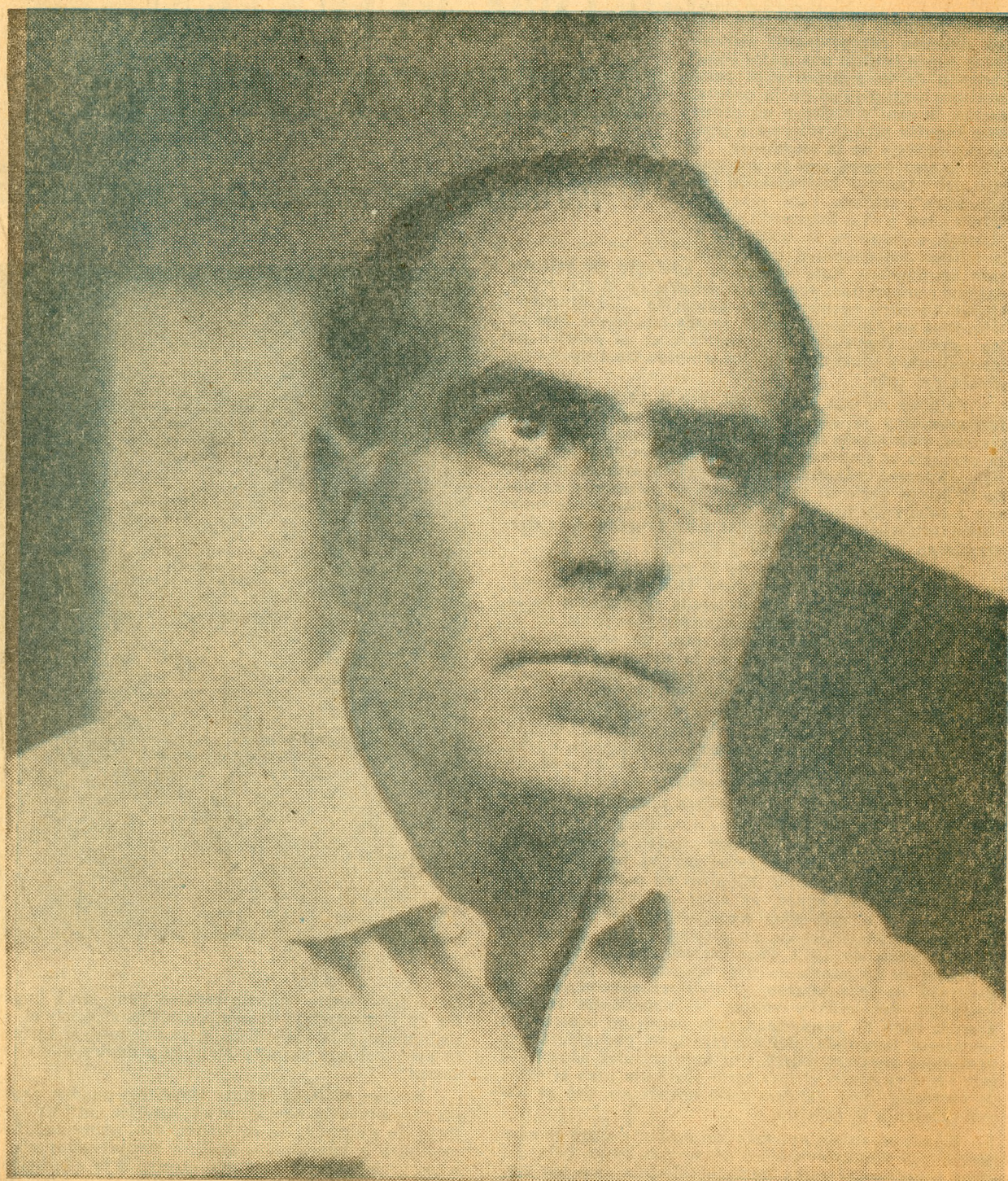




RETRATOS.-

Nemesio ANTUNEZ

Texto y fotos de GERMAN EWART

DICEN que el chileno es un hombre gris, opaco, enemigo de las estridencias y enemigo de los tropicalismos. Aunque la tesis sea discutible, la descripción se avendría con la personalidad de Nemésio Antúnez.

Aun en su pintura es opaco, ensimismado, reconcentrado. Predominan los matices apagados y sólo hay ocasionales estallidos de color puro.

Antúnez está enfermo de soledad y de silencio. En su caso, es una dolencia creativa.

Ofrece una faz externa de hombre tranquilo, suave, reservado y hasta equilibrado. Únicamente el dejo triste de sus ojos y la tensión de sus manos permiten atisbar al hombre interior.

Todas las mañanas se recluye en el viejo edificio de calle Bellavista 61, donde también moran otros artistas. Una clave en la puerta indica que "N. A." responderá ante dos timbrazos largos y uno corto. Su taller es una habitación del segundo piso, con vista al río y al parque. Un biombo es el primer personaje con que se tropieza al abrir la puerta.

Aísla, amortigua ruidos, quita problemas. Adentro se arrumban cuadros concluidos e inconclusos. Hay un aparente desorden; pero Antúnez halla en el acto cuanto requiere. Al lado del sofá, un tocadiscos.

—La música aísla.



También se ve un radio, pero se utiliza poco. Al pintor no le agrada que, una vez se le introduzca en la intimidad "gritando que compre el jabón tal o cual".

Pinta: Generalmente parto sin nada. Pongo un color. Mancho la tela. Nace la idea que me sugirió alguna emoción vivida. No hago esquemas. Las veces que intenté hacerlos, fracasé. Me hacen perder espontaneidad. Parto de la idea del color y del lugar donde lo pongo. Suelo comenzar en una esquina, como una mujer que inicia su bordado.

Para pintar hay que atravesar un momento de cierta exaltación. Los momentos negros no permiten crear.

"Trabajo en muchos cuadros al mismo tiempo. Con una manada de cuadros, como quien arrea animales. Todos los días paso por todos.

"Las exposiciones son como un examen. Fijan fecha para un trabajo que de otra manera continuaría indefinidamente. Los cuadros nunca están terminados. Concluyen forzosamente cuando salen del taller. Terminar un cuadro es más difícil que comenzar. A veces uno los echa a perder."

Y de un rincón extrae una serie de telas que estima malogradas por saturación. Muestra la decena de cuadros en que está trabajando. En verdad son el mismo cuadro: variaciones sobre un tema que lo inquieta y obsesiona.

El ambiente del taller no tiene sabor a bohemia sino a trabajo:

—La vida artística cambió mucho. Basta recordar la generación del 13. Se suicidaron con vino tinto. Vivieron una frustración muy grande. Se suicidaron y se emborracharon. La gente de esa época no compraba pintura chilena. A la aristocracia de entonces no le interesaba el rancho, la acequia o el rotito coniendo sandías. Compraba pintura premiada en los Salones de Francia. Hoy en día, con el mismo criterio, le correspondería comprar un Picasso o un Braque. No lo hacen. A lo mejor ya no hay señores tan ricos.

Ahora los pintores llevan existencias más normales. La vida es más dura y no se puede vivir en la calle. Chile es uno de los países más caros del mundo; pero su pintura es muy barata. Hay mucha gente que compra cuadros por monería, porque le dijeron que son una buena inversión. Adquieren cuadros como si fueran acciones. Hay que estimularlos."

Raíces

Nemésio Antúnez nació hace 43 años, el mayor de cuatro hermanos. (Uno de ellos es el pintor Enrique Zañartu, a quien admira). Recuerda:

—Cada uno tenía su cuarto, su mundo y sus amigos. De niño viví una soledad interior muy grande. Tal vez por eso pinto. Me costaba comunicarme.

No hizo deportes. Fue alumno aplicado en los Padres Franceses y hasta solía sacar algunos premios. No muchos. En dibujo apenas fue un alumno regular. El premio en esta asignatura lo obtenía Jorge Errázuriz, ahora Embajador en el Perú.

Le gustaba andar en bicicleta y leía muchas biografías. Fue asiduo espectador de las seriales cinematográficas. Recuerda "El Buque Fantasma" y otra con un tipo de capa negra."

En el colegio fue desgraciado. La disciplina y los castigos le resultaban fenómenos incomprensibles.

A los quince años *pololeó* por primera vez. Fue un adolescente monógamo "con amores intensos de dos o tres años, muy platónicos y con retrato en el bolsillo".

En la tribuna libre de la Academia Literaria padecía de ansias de recitar poemas de Amado Nervo. A los 17 años descubrió las "Rimas", de Bécquer, y a García Lorca. La poesía le apasiona hasta el día de hoy.

A esa misma edad también se produjo un fenómeno increíble para aquel muchacho alto y silencioso: hablando sobre Pascal, ganó un concurso de oratoria, cuyo premio fue un viaje de ocho meses a Europa.

"Vaya, para que se haga hombre", le dijo su padre, y Nemésio partió en el carguero "Alabama".

En Europa vio de todo: desde la gente, los museos y las ciudades hasta el Duce arengando a la multitud desde un balcón romano.

De regreso se matriculó en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica. Fue compañero de Pablo Burchard (hijo), Emilio Duhart, Juan Orrego Salas, Fernando Debasa y Pedro Mortheiru.

Sus años universitarios fueron felices. No sólo porque le iba bien en los estudios, sino porque descubrió la acuarela. Con ella comenzó a manifestarse su vocación de pintor. El profesor Ignacio Baixas le enseñó a manejar los pinceles, pero también le obsequió una surtida colección de "unos" por sus trabajos. Antúnez no se ajustaba a los cánones más convencionales de su maestro:

—Solía ir al San Cristóbal a pintar. A veces me atrapaba la lluvia. Las acuarelas manchadas por el agua se veían muy lindas. Baixas al comienzo rechazó nuestro estilo moderno. Después, como éramos muchos, nos dejó hacer. Ese fue su mérito.

Antúnez se recibió de arquitecto en 1942. Su proyecto de título lo preparó en colaboración con Orrego Salas. Los planos de este proyecto correspondieron a una Escuela de Bellas Artes (Antúnez) y un Conservatorio de Música (Orrego). No fueron precisamente vocaciones arquitectónicas las que se manifestaron en esa ocasión.

Ese año, en el Instituto Chileno-Británico, realizó su primera exposición. Orrego Salas le cambió una acuarela por un libro de pintura, y Sergio Larraín le adquirió otra.

En 1943 partió a Estados Unidos, becado para estudiar arquitectura en la Universidad de Columbia. Llegando a Nueva York, fue operado de peritonitis y pasó dos meses en cama. Se recibió de Master of Science en arquitectura, pero sus inquietudes ya habían tomado otro rumbo. Escribió José Donoso:

"Ya sabía que jamás sería arquitecto. Vivía en los museos, pintaba día y noche, asistía a exposiciones y visitaba los talleres de los pintores que iba conociendo. Estaba empapado de pintura, de su propia vocación, de la posibilidad magnífica de hacer, además de ver". ("Ercilla", 29/6/60).

USA, Europa, Regreso

Terminada su beca, decidió quedarse en Nueva York. Hizo una exposición que pasó prácticamente inadvertida, pero obtuvo un trabajo como diagramador en la casa editora Curtis. Desde su oficina en el 31.º piso de un edificio del Rockefeller Center observó a la ciudad y su gente. Su experiencia neoyorquina se tradujo en la serie de óleos "Habitantes de la Ciudad", en que los seres humanos aparecen cual fantasmagóricos ríos y el gentío se disuelve en dolidos calambres.

Antúnez observa desde su ventana. No se siente parte de esa multitud, pero comparte su soledad en medio de la gran urbe. ¡Una dramática soledad!

También ingresa al taller de William Hayter, donde asimiló las técnicas del grabado. Lo describe como "la

proyectora superar las dificultades materiales formando una "Sociedad de Amigos del Museo".

Dualidad

El pintor se describe como "persona para estar sola". Seguramente alcanza momentos de felicidad cuando trabaja en su taller, pero no le basta. También siente la necesidad de actuar en el medio social y el contacto con otros seres es materia que no domina y le produce tensiones interiores.

Hay en él una dualidad entre el observador de la vida y el participante. Actuar vuelto hacia el medio ambiente la significa un esfuerzo. Lo consigue, pero con la inevitable procesión interior. Exteriormente se domina y aprovecha el roce social adquirido gracias al medio en que se educó. Su problema apenas se trasluce en el contacto casual. Mas, a pesar de su metro noventa, se asemeja a los ténanos: lo que se halla a la simple vista es una parte mínima del total. Tiene muchísimos conocidos y un grupo pequeño de amigos. En los cocteles —cuando no los puede evitar— suele conversar en los rincones.

Esta dualidad también se extiende a otros ámbitos. Hombre de la alta burguesía por ambiente familiar y educación, es a la vez izquierdizante en sus ideas. Intenta vivir en ambos mundos, situación que enfrenta más de un intelectual o artista de nuestros días.

Antaño permanecía constantemente en la sala durante sus propias exposiciones, escuchando y agallatando los comentarios del público. "Una exposición —dice— es el contacto de la intimidad con el público". Ahora apenas hace acto de presencia cuando se exhiben sus obras.

También iba a menudo a muestras pictóricas ajenas: —Quería estar al tanto de todo lo que pasaba, por el deseo de encontrar algo. Ahora no. Tal vez sea una introversión.

Escribe. En sus cuadernos de croquis abundan los textos. Algunas veces son análisis de problemas plásticos que se plantea; otras, prosas poéticas con asomos neuridianos que intentan dar un equivalente verbal de sus cuadros. También ha prologado catálogos de Dinora Douditchitzky, Roser Bru y otros de sus compañeros del Taller 99. Dice:

—Escribir para mí es una introspección y un desahogo.

El pintor Emilio Hermannsen opina que "Antúnez es esencialmente romántico a lo largo de su pintura". Lo confirma Carvacho: "Es un romántico exacerbado por lo obsesivo de los recuerdos".

Roser Bru aporta otro elemento:

—Lo veo interrogarse constantemente sobre cada cosa que pasa. Todo lo asombra y le preocupa el porqué de todo. Cuando descubre algo, lo obsesiona. Entonces durante todo un período se entrega a un tema.

Es así como en su pintura crea un mundo personal, indagador y apasionante, en que realidades exteriores pasan por la elaboración de la vida interior del artista. Dice Carvacho:

—En sus cuadros no hay luz de la naturaleza. Es como la de un subterráneo, una luz irreal, abstracta. En ese aire no podría trinar un pájaro ni brotar una flor.

Es la imagen esencializada del mundo de un hombre solo.

En Antúnez no existe un universo de verdades taxativas, en que el blanco y negro y la verdad absoluta eliminen los claroscurios y los matices. Su búsqueda bien puede ser el resultado de la incertidumbre constante. Vive entre preguntas, en medio de la duda sistemática y permanente que penetra hasta lo más íntimo:

—A veces me pierdo si estoy loco, pensando colores sobre una tela entre cuatro paredes. ¡Un tipo crecido como yo! Dueño mucho, enormemente. Sólo sé que hay que trabajar lo más sinceramente posible.

Antúnez es un gran tímido y un gran inseguro de sí mismo. Esas cualidades se traducen en una actitud defensiva de hermetismo interpretable de diferentes maneras.

Quiénes no lo quieren dicen que es ególatra, dominante, absorbente. Dicen que

sólo recurre a la gente cuando la necesita. Dudan de si es impenetrable o un hombre sin personalidad.

Quiénes lo conocen más de cerca y han trabajado con él discrepan con tales juicios. Lo consideran generoso y agradecen su capacidad de estimular y dar ánimo.

Esta aparente contradicción en la forma de juzgarle seguramente es el producto de su paralela necesidad y dificultad de comunicarse con los demás.

En el fondo se siente tan desamparado y desvalido frente al medio ambiente como los seres que pintó en sus grises dibujos de la vida colegial y sus verdosos "Habitantes de la ciudad". Y como Nemésio Antúnez, niño.

En su pintura hay una ausencia casi total de seres humanos. Más de una vez ha colocado figuras en un cuadro, borrándolas posteriormente. Explica:

—Tengo que hallar al ser humano que corresponda a mi universo. Aún no lo encuentro.

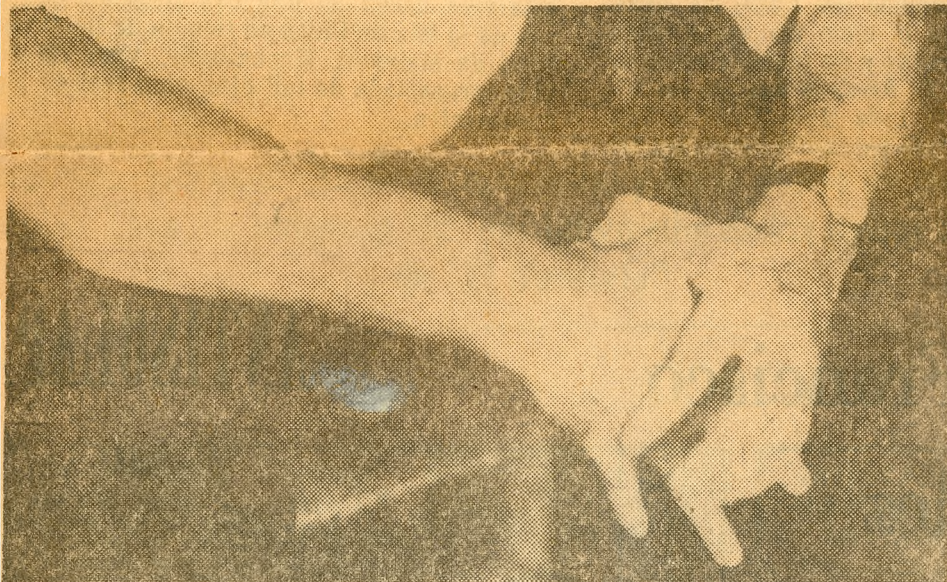
"La ausencia de seres humanos —dijo un crítico— es el reflejo de su propia soledad". Añadió un pintor: "La eliminación del ser humano en su pintura es la resultante de sus inhibiciones e inseguridad en el trato con el prójimo".

No obstante, ha sabido transformar sus limitaciones en una virtud. Suele citar una máxima de Braque. "La madurez es conocer sus limitaciones". Esta frase también define a Antúnez.

"Ha tratado de crear su mundo donde él es rey", dice un pintor. "Tiene una gran seguridad dentro del campo que él mismo se trazó", agrega un crítico.

El propio Nemésio, refiriéndose a su pintura actual, tiene la última palabra:

—Sé que éste es mi mundo. Ya no pretendo encumbrar volantines. Quiero profundizar en lo que tengo. Y sé que la acción de pintar vale la pena.



única escuela de arte verdadera a que asistí en toda mi vida."

En 1948, siempre en Nueva York, se casó con Inés Figueroa, una amiga de la infancia. Comparten la pobreza de una habitación de la calle Orchard. Nace un hijo, Pablo. Ahora tiene 13 años. Su hermanita Manuela tiene 6.

El problema económico sólo se resolvió hacia fines de 1949 gracias a una beca Helen Wessel. La familia Antúnez se mudó a un departamento del barrio alemán y el desahogo material se tradujo a la larga en una pintura menos sombría, cuyo ambiente ya no era enemigo del hombre.

La prolongación de la beca por un segundo año permitió a Antúnez cumplir su anhelo del reencuentro con Europa. De 1950 a 1953 vivió en París, con incursiones a Italia, en las dos Alemanias y Polonia.

En París sus cuadros se achicaron y poblaron de objetos. No hay que olvidar que, como pintor, Antúnez era prácticamente autodidacta. Ahora lo obsesionó la idea de estudiar la técnica, de aprender a pintar. Paralelamente visitaba museos y exposiciones, asimilando cuanto le podía servir.

El conocimiento del mundo no tardó en hacerle sentir la necesidad de su propia tierra y de arraigar su pintura en sus propias raíces. En 1953 regresó diciendo: "Vengo a pintar Chile".

"Aportó —dice el crítico Víctor Carvacho— una nueva nota a la pintura chilena. Trajo la nota contemporánea y la inquietud viva de los grandes centros extranjeros".

Hay quienes creen que es un pintor abstracto, pero la pintura de Antúnez es fundamentalmente figurativa y una visión personal del paisaje chileno:

—En mi pintura la nota dominante es la naturaleza, la geografía más que el hombre. He pintado desde los canales del Sur hasta los desiertos del Norte, desde las nubes hasta las piedras escondidas dentro de la tierra.

En los salones oficiales y en el ambiente de la Facultad de Bellas Artes la pintura de Antúnez no fue acogida ni premiada, pero en 1957 ganó el "Premio Wolf", correspondiente al mejor pintor latinoamericano en la Bienal de Sao Paulo. El envío de los cuadros lo efectuó por cuenta propia. Una sabia medida. Es sabido que la pintura chilena enviada a la Bienal por los conductos oficiales no suele llegar a tiempo.

Como grabador obtuvo el "Premio de la Crítica" y fundó el "Taller 99", ahora incorporado a la Escuela de Arte de la Universidad Católica y de considerable trascendencia en el mundo plástico nacional. Su local corresponde a la antigua sala de modelado de la Escuela de Arquitectura, donde Antúnez estudiara hace más de veinte años.

Ha realizado exposiciones en diversos países americanos, y cuando promediaban las sesiones de este "Retrato", fue designado director del Museo de Arte Contemporáneo de la Quinta Normal. Su presupuesto de este año apenas alcanza a pagar las cuentas de luz, teléfono e imprimir catálogos; pero Antúnez



ANTUNEZ